

JAZZ

SUN RA en el V Festival de Barcelona

Hace unos años, cuando el club Jamboree cerró sus puertas, Barcelona perdió el último rincón en el que se hacía jazz vivo (más o menos), y las manifestaciones de tal expresión musical quedaron a cargo del Hot Club —creado hace treinta y cinco años— que en 1966 comenzó a organizar festivales anuales. Al principio éstos constaron de una semana completa, al igual que en Londres o en París, pero el público barcelonés no admitía muy bien una programación consecutiva y la taquilla se resentía. Por eso, este año, el V Festival ostenta una programación extraña: Un sábado y un domingo, luego otro sábado y otro domingo y después un sábado y un jueves, entre el 7 y el 26 de noviembre. De manera que con el programa a la vista uno decide escoger los días 14 y 15 para ver a "Big" Joe Turner y a Sun Ra, y aprovechar y ver Música Dispersa, en el I Festival Permanente de Música Progresiva. Aunque luego resulta que Joe Turner sufre un ataque de artritis (tiene sesenta años) y no puede venir, por lo que es sustituido por Milt Buckner y "Tiny" Grimes.

MILT Buckner es un organista que se maneja con un amplio dominio de la técnica, deplorablemente utilizada para arropar una serie de mamarrachadas (agita los brazos, hace volatines, mete morcillas) e hipertrofiar una secuencia de efectos característicos de la música ligera, hasta lograr componer un cuadro musical netamente kitsch. «Tiny» Grimes ya es otra cosa. Nacido en 1917 en Newport News, Virginia, este guitarrista, que ha sido comparado con Charlie Christian y Django Reinhardt, proporciona una imagen bastante elocuente de lo que es un músico correcto, austero y modestísimo. Sentado y sonriente, con la guitarra protegida por un paño y apoyada en la rodilla, «Tiny» Grimes desgrana pausadamente un auténtico sonido de la década de los cuarenta. Junto a él, el pianista Jay McShann. Ambos han tocado junto a Charlie Parker, McShann en el año cuarenta y uno, cuando Parker grabó su primer disco; Grimes, cuatro años más tarde. Y de nuevo uno comprueba cómo el haber

interpretado junto a «Yardbird» Parker es algo que imprime carácter. Así, pueden escucharse en el Palau singulares piezas de Mainstream Jazz («Body and Soul», «Sophisticated Lady»), ejecutadas con un sentido adecuado y perfecto del «swing». Tras Grimes y McShann, el bajo de Hayes Alvis subraya bien los fraseos y ofrece buenas entradas a Paul Gunther, una batería aceptable, si bien con un estilo algo encorsetado y monorrítmico.

Obviamente, la música progresiva sufre en el país un fenómeno de marginación. Por eso, cuando alguien decide organizar un festival de «jazz» progresivo no tiene otro remedio que acoplarlo donde buenamente puede, esta vez en un local como el Iris,



particularmente destaralado y con más pinta de cabaña de Tom Sawyer que de cualquier otra cosa. Y eso está muy bien, porque uno se encuentra aquí muy a gusto, entre decoloridos anuncios de antiguas casas deportivas y venerables marcas de agua mineral.

El antiguo ring, ha desaparecido, erigiéndose en un lateral de la sala una plataforma cuadrangular, sobre la que cuelga un rótulo de matiz mercantilista: Lonja del Instrumento. Y sobre la plataforma, Música Dispersa, uno de los grupos más polémicos de la actualidad musical española. Su música es una yuxtaposición de baladas, folklore meridional, urban blues, surros y comentarios apenas musitados, interpretada de una manera distanciada y sumamente sosegada.

Tras la sesión matinal en el Iris, la vespertina del Palau constituye un fenómeno digno de estudio. Son las 6,15 de la tarde y la platea (trescientas

cincuenta pesetas la butaca) aparece rebosante de gente de límpida mirada y mullido ademán. Los graderíos están igualmente ahitos. Todo está ocupado.

En el escenario —pétreo, rampante equino y enormes capullos de tigrídias en los flancos— aparece toda una vorágine de variopintos instrumentos, entre los que destacan un rocksichord, un spacemaster y un moog synthesizer, formando algo así como un pulpito o trinchera. (Los dos primeros son órganos electrónicos especialmente adecuados. El último es una especie de mezclador sónico que cuesta unos sesenta y cuatro mil dólares. En Europa hay unos diez moog, la mayoría en Universidades.) Al fondo, y a manera de ciclorama,

Shlomo, James Jackson y Danny Thompson; metal: Ebah Ank Tai y Kwame Hadi), cuerdas (Alan Silva y Alejandro Blake) y percusión (Carl Nimrod y Rashid Salim), engarzados por la electrónica cosmología de Sun Ra, enigmático personaje de Chicago.

Y comienza el espectáculo. La pantalla pierde blancura para ganar colores e imágenes superpuestas y distorsionadas. Inquietud en el «respetable». Ite Tayo pasea un flamígero círculo solar por el escenario y el ámbito se anega en una creación musical que a partir del «bop» alcanza rápidamente una multiplicidad de oquedades acústicas y espacios sídeos, subrayada por la sinuosidad de las ondas de June (Moon) Tyson, maravillosa ballarina, domeñadora de la almadraba donde palpita y madura el más caótico erotismo. Las más antiguas pasiones, las más impercederas liturgias de la hembra y el macho ocupan el «stage», creando una mitología cósmica y sensual en la que cada nota, cada movimiento de persecución y caza, cada golpe de percusión, tiene su lugar ineludible, su significado y conexión. El torbellino de sonidos amenaza orgía, y el personal se molesta a patear. Y cuando Marshall Allen y Absholom Ben Shlomo dan rienda suelta a sus saxos, el auditorio se enerva y silba y berrea con irreverente dedicación.

A todo esto, el inapelable Sun Ra, una inapelable imagen búdica cubierta con un gorriple milótico parapetado tras sus aparatos cibernéticos, dirige este cotarro con una serenidad pasmosa. (Ellos perciben mis vibraciones. No necesito más para dirigirlos.) Ni un rictus ni una mueca altera sus facciones, mientras a su alrededor toda una esfera musical emerge y se repliega para expandirse de nuevo y remansarse en el violoncello de Allan Silva, en los coros multitudinarios, en el gong de Carl Nimrod... Sorpresivamente, un oficinista abandona su instrumento y comienza a arrojar lenguas de fuego por la boca. Más tarde, una antorcha recorre su cuerpo. Los saxos brincan a la platea, evolucionan por entre las butacas, trompetean, se tumban, y la música lo envuelve todo, impregnando de estupor los más hieráticos rostros. Por encima de nuestras cabezas, un barítono se mece y toca plácidamente... Toda una creación artística multidimensional, en la que la planificación y la espontaneidad ayuntan según una sinta-

xis propia, con la que es necesario conectar muy humildemente. Un espectáculo total e inolvidable, en cuyo seno uno es feliz durante unos instantes. ■ EDUARDO CHAMORRO.

LIBROS

Los gastos de la polución

Después de 52 páginas (que nos cuentan, con un lenguaje no suficientemente divulgador, la influencia de la meteorología en la polución atmosférica, el origen y la naturaleza de los poluentes y el estudio de los niveles de polución), el volumen titulado "La polución atmosférica" (1) va introduciendo al lector en la problemática de la contaminación atmosférica.

(Pese al asombro de algunos lectores que han escrito por el empleo de la palabra "polución", la acepción de dicho vocablo como expresión de la contaminación del aire está admitida. Aunque su origen, en ese sentido, sea efectivamente anglosajón, no me parece ninguna barbaridad escandalizadora, cuando hemos conservado en nuestra lengua "póluto" e "impóluto", como sinónimos de limpio y sucio, respectivamente.)

Las investigaciones médicas, en el terreno de la influencia de la contaminación en la salud humana, son todavía incipientes, nos resaltan los autores del libro. Son tantos los elementos que pueden intervenir en la contaminación del aire que respiramos, y son tantos también los factores que intervienen en el proceso de una enfermedad, que la tarea es realmente ardua, sobre todo si se tiene en cuenta que la Medicina no es —y quizá no pueda serlo en mucho tiempo— una ciencia de precisión.

Pero lo cierto es que la polución tiene efectos palpables y nefastos, aunque no todos puedan definirse con exacti-

(1) Paul Chovín y André Roussel, «La polución atmosférica». Oikuz-Tau, S. A. Ediciones. Colección «Que sabe-jer», en castellano. Barcelona, 1970.